EDIPO REY

PERSONAJES

EDIPO.
SACERDOTE.
CREONTE.
CORO de ancianos tebanos.
TIRESIAS.
YOCASTA.
MENSAJERO.
SERVIDOR DE LAYO.
Otro MENSAJERO.

(Delante del palacio de Edipo, en Tebas. Un grupo de ancianos y de jóvenes están sentados en las gradas del altar, en actitud suplicante, portando ramas de olivo. El sacerdote de Zeus se adelanta solo hacia el palacio. Edipo sale seguido de dos ayudantes y contempla al grupo en silencio. Después les dirige la palabra.)

EDIPO. — ¡Oh hijos, descendencia nueva del antiguo Cadmo[1]! ¿Por qué estáis en actitud sedente ante mí, coronados con ramos de suplicantes[2]? La ciudad está llena de incienso, a la vez que de cantos de súplica y de gemidos, y yo, porque considero justo no enterarme por otros mensajeros, he venido en persona, yo, el llamado Edipo, famoso entre todos. Así que, oh anciano, ya que eres por tu condición a quien corresponde hablar, dime

---

1 Fundador mítico de la ciudad de Tebas. Es hijo de Agenor y hermano de Europa. Vino de Tiro en compañía de sus hermanos en busca de Europa, empresa que pronto abandonaron. El oráculo de Delfos le ordenó fundar una ciudad en el lugar donde una vaca a la que debía seguir cayera exhausta, resultando de ahí la localización de Tebas. Cadmo dio muerte a un dragón que cuidaba de la Fuente de Ares, próxima a Tebas, y por consejo de Atenea sembró los dientes de la bestia. En seguida brotaron del suelo hombres armados, de los que sobrevivieron sólo cinco, primitivos habitantes de Tebas.

2 Los que acudían en actitud de súplica llevaban en la mano, como señal, unos ramos de olivo o laurel atados con hilos de lana. Los dejaban sobre el altar, de donde los retiraban cuando la petición era satisfecha. Traduzco literalmente «coronados» aclarando que este término es sólo metafórico, según se deduce de lo dicho.

en nombre de todos: ¿cuál es la causa de que estéis así ante mí? ¿El temor, o el ruego? Piensa que yo querría ayudaros en todo. Sería insensible, si no me compadeciera ante semejante actitud.

SACERDOTE. — ¡Oh Edipo, que reinas en mi país! Ves de qué edad somos los que nos sentamos cerca de tus altares: unos, sin fuerzas aún para volar lejos; otros, torpes por la vejez, somos sacerdotes —yo lo soy de Zeus—, y otros, escogidos entre los aún jóvenes. El resto del pueblo con sus ramos permanece sentado en las plazas[3] en actitud de súplica, junto a los dos templos de Palas[4] y junto a la ceniza profética de Ismeno[5].

La ciudad, como tú mismo puedes ver, está ya demasiado agitada y no es capaz todavía de levantar la cabeza de las profundidades por la sangrienta sacudida. Se debilita en las plantas fructíferas de la tierra, en los rebaños de bueyes que pacen y en los partos infecundos de las mujeres. Además, la divinidad que produce la peste, precipitándose, aflije la ciudad. ¡Odiosa epidemia[6], bajo cuyos efectos está desploblada la morada Cadmea, mientras el negro Hades se enriquece entre suspiros y lamentos! Ni yo ni estos jóvenes estamos sentados como

---

[3] Era corriente que las ciudades tesalias tuvieran dos plazas, a una de las cuales no se admitían sino ciudadanos libres. Tebas estaba dividida en dos partes, la ciudad alta al O. y la ciudad baja, en cada una de las cuales había una plaza.

[4] Uno de los templos estaba dedicado a Palas Onca, y es citado por Pausanias. El otro, a Atenea Cadmea o Atenea Ismenia, no citados por él, pero sí por los escoliastas.

[5] Ismeno no es el dios fluvial del mismo nombre, sino el semidiós tebano, hijo de Apolo, que tenía dedicado en la ciudad un altar en el que se practicaba la piromancia.

[6] Es posible que Sófocles tuviera presente la peste que asoló a Atenas al principio de la Guerra del Peloponeso. El adjetivo aplicado a la divinidad y traducido por: «que produce la peste», significa, literalmente: «que lleva fuego abrasador», haciendo, tal vez, alusión a la fiebre, uno de los síntomas de la peste.

suplicantes por considerarte igual a los dioses, pero sí el primero de los hombres en los sucesos de la vida y en las intervenciones de los dioses. Tú que, al llegar, liberaste la ciudad Cadmea del tributo que ofrecíamos a la cruel cantora[7] y, además, sin haber visto nada más ni haber sido informado por nosotros, sino con la ayuda de un dios, se dice y se cree que enderezaste nuestra vida.

Pero ahora, ¡oh Edipo, el más sabio entre todos!, te imploramos todos los que estamos aquí como suplicantes que nos consigas alguna ayuda, bien sea tras oír el mensaje de algún dios, o bien lo conozcas de un mortal. Pues veo que son efectivos, sobre todo, los hechos llevados a cabo por los consejos de los que tienen experiencia. ¡Ea, oh el mejor de los mortales!, endereza la ciudad. ¡Ea!, apresta tu guardia, porque esta tierra ahora te celebra como su salvador por el favor de antaño. Que de ninguna manera recordemos de tu reinado que vivimos, primero, en la prosperidad, pero caímos después; antes bien, levanta con firmeza la ciudad. Con favorable augurio, nos procuraste entonces la fortuna. Sénos también igual en esta ocasión. Pues, si vas a gobernar esta tierra, como lo haces, es mejor reinar con hombres en ella que vacía, que nada es una fortaleza ni una nave privadas de hombres que las pueblen.

EDIPO. — ¡Oh hijos dignos de lástima! Venís a hablarme porque anheláis algo conocido y no ignorado por mí. Sé bien que todos estáis sufriendo y, al sufrir, no hay ninguno de vosotros que padezca tanto como yo. En efecto, vuestro dolor llega sólo a cada uno en sí mismo

---

7 La Esfinge enviada por Hera contra Tebas para castigar el crimen de Layo de amar al hijo de Pélope. El monstruo se cobraba muchas víctimas. Cuando Edipo supo responder al enigma que proponía, el monstruo, despechado, se mató arrojándose desde la roca. Se la llama «cantora», porque sus enigmas estaban en verso.

y a ningún otro, mientras que mi ánimo se duele, al tiempo, por la ciudad y por mí y por ti. De modo que no me despertáis de un sueño en el que estuviera sumido, sino que estad seguros de que muchas lágrimas he derramado yo y muchos caminos he recorrido en el curso de mis pensamientos. El único remedio que he encontrado, después de reflexionar a fondo, es el que he tomado: envié a Creonte, hijo de Meneceo, mi propio cuñado, a la morada Pítica de Febo[8], a fin de que se enterara de lo que tengo que hacer o decir para proteger esta ciudad. Y ya hoy mismo, si lo calculo en comparación con el tiempo pasado, me inquieta qué estará haciendo, pues, contra lo que es razonable, lleva ausente más tiempo del fijado. Sería yo malvado si, cuando llegue, no cumplo todo cuanto el dios manifieste.

SACERDOTE. — Con oportunidad has hablado. Precisamente éstos me están indicando por señas que Creonte se acerca.

EDIPO. — ¡Oh soberano Apolo! ¡Ojalá viniera con suerte liberadora, del mismo modo que viene con rostro radiante!

SACERDOTE. — Por lo que se puede adivinar, viene complacido. En otro caso no vendría así, con la cabeza coronada de frondosas ramas de laurel[9].

EDIPO. — Pronto lo sabremos, pues ya está lo sufientemente cerca para que nos escuche. ¡Oh príncipe, mi pariente, hijo de Meneceo! ¿Con qué respuesta del oráculo nos llegas?

(Entra Creonte en escena.)

CREONTE. — Con una buena. Afirmo que incluso las aflicciones, si llegan felizmente a término, todas pueden resultar bien.

---

[8] A Delfos, el santuario más famoso de Grecia.

[9] El laurel era el árbol sagrado de Apolo y con sus ramas se coronaba a los mensajeros portadores de gratas nuevas.

EDIPO. — ¿Cuál es la respuesta? Por lo que acabas de decir, no estoy ni tranquilo ni tampoco preocupado.

CREONTE. — Si deseas oírlo estando éstos aquí cerca, estoy dispuesto a hablar y también, si lo deseas, a ir dentro.

EDIPO. — Habla ante todos, ya que por ellos sufro una aflicción mayor, incluso, que por mi propia vida.

CREONTE. — Diré las palabras que escuché de parte del dios. El soberano Febo nos ordenó, claramente, arrojar de la región una mancilla que existe en esta tierra y no mantenerla para que llegue a ser irremediable.

EDIPO. — ¿Con qué expiación? ¿Cuál es la naturaleza de la desgracia?

CREONTE. — Con el destierro o liberando un antiguo asesinato con otro, puesto que esta sangre es la que está sacudiendo la ciudad.

EDIPO. — ¿De qué hombre denuncia[9 bis] tal desdicha?

CREONTE. — Teníamos nosotros, señor, en otro tiempo a Layo como soberano de esta tierra, antes de que tú rigieras rectamente esta ciudad.

EDIPO. — Lo sé por haberlo oído, pero nunca lo vi.

CREONTE. — Él murió y ahora nos prescribe claramente que tomemos venganza de los culpables con violencia.

EDIPO. — ¿En qué país pueden estar? ¿Dónde podrá encontrarse la huella de una antigua culpa, difícil de investigar?

CREONTE. — Afirmó que en esta tierra. Lo que es buscado puede ser cogido, pero se escapa lo que pasamos por alto.

EDIPO. — ¿Se encontró Layo con esta muerte en casa, o en el campo, o en algún otro país?

CREONTE. — Tras haber marchado, según dijo, a con-

[9 bis] Febo. Es la tercera persona que aparece en todo este contexto.

sultar al oráculo, y una vez fuera, ya no volvió más a casa.

EDIPO. — ¿Y ningún mensajero ni compañero de viaje lo vio, de quien, informándose, pudiera sacarse alguna ventaja?

CREONTE. — Murieron, excepto uno, que huyó despavorido y sólo una cosa pudo decir con seguridad de lo que vio.

EDIPO. — ¿Cuál? Porque una sola podría proporcionarnos el conocimiento de muchas, si consiguiéramos un pequeño principio de esperanza.

CREONTE. — Decía que unos ladrones con los que se tropezaron le dieron muerte, no con el rigor de una sola mano, sino de muchas.

EDIPO. — ¿Cómo habría llegado el ladrón a semejante audacia, si no se hubiera proyectado desde aquí con dinero?

CREONTE. — Eso era lo que se creía. Pero, después que murió Layo, nadie surgía como su vengador en medio de las desgracias.

EDIPO. — ¿Qué tipo de desgracia se presentó que impedía, caída así la soberanía, averiguarlo?

CREONTE. — La Esfinge, de enigmáticos cantos, nos determinaba a atender a lo que nos estaba saliendo al paso, dejando de lado lo que no teníamos a la vista.

EDIPO. — Yo lo volveré a sacar a la luz desde el principio, ya que Febo, merecidamente, y tú, de manera digna, pusisteis tal solicitud en favor del muerto; de manera que veréis también en mí, con razón, a un aliado para vengar a esta tierra al mismo tiempo que al dios. Pues no para defensa de lejanos amigos sino de mí mismo alejaré yo en persona esta mancha. El que fuera el asesino de aquél tal vez también de mí podría querer vengarse con violencia semejante. Así, pues, auxiliando a aquél me ayudo a mí mismo.

Vosotros, hijos, levantaos de las gradas lo más pronto que podáis y recoged estos ramos de suplicantes. Que otro congregue aquí al pueblo de Cadmo sabiendo que yo voy a disponerlo todo. Y con la ayuda de la divinidad apareceré triunfante o fracasado.

(Entran Edipo y Creonte en el palacio.)

SACERDOTE. — Hijos, levantémonos. Pues con vistas a lo que él nos promete hemos venido aquí. ¡Ojalá que Febo, el que ha enviado estos oráculos, llegue como salvador y ponga fin a la epidemia! *(Salen de la escena y, seguidamente, entra en ella el Coro de ancianos tebanos.)*

CORO.

Estrofa 1.ª

¡Oh dulce oráculo de Zeus[10]*! ¿Con qué espíritu has llegado desde Pito, la rica en oro*[11]*, a la ilustre Tebas? Mi ánimo está tenso por el miedo, temblando de espanto, ¡oh dios, a quien se le dirigen agudos gritos, Delios, sanador*[12]*! Por ti estoy lleno de temor. ¿Qué obligación de nuevo me vas a imponer, bien inmediatamente o después del transcurrir de los años*[13]*? Dímelo, ¡oh hija de la áurea Esperanza, palabra inmortal!*

Antístrofa 1.ª

Te invoco la primera, hija de Zeus, inmortal Atenea, y

---

[10] Zeus habla por boca de su hijo Apolo.

[11] Alusión a los inmensos tesoros depositados en Delfos como ofrendas al dios. Desde Homero se conoce a Delfos como Pito (=*Pýtho*), donde Apolo venció al dragón indígena Pitón.

[12] Apolo es designado con muchos epítetos en la tragedia. El de Delio viene del lugar de su nacimiento, la isla de Delos. Personificando el adjetivo se le invoca como *Peán,* aunque también más adelante (v. 186) se llama peán al canto dirigido al dios para implorar la salud. Otros epítetos son Febo, Loxias, Flechador, etc.

[13] Se pregunta el Coro si la actual epidemia es el castigo de una reciente impiedad o, como efectivamente lo será, de una antigua.

a tu hermana, Ártemis, protectora del país, que se asienta en glorioso trono en el centro del ágora[14]*, y a Apolo el que flecha a distancia. ¡Ay! Haceos visibles para mí, los tres, como preservadores de la muerte.*

Si ya anteriormente, en socorro de una desgracia sufrida por la ciudad, conseguisteis arrojar del lugar el ardor de la plaga, presentaos también ahora.

Estrofa 2.ª

¡Ay de mí! Soporto dolores sin cuento. Todo mi pueblo está enfermo y no existe el arma de la reflexión con la que uno se pueda defender. Ni crecen los frutos de la noble tierra ni las mujeres tienen que soportar quejumbrosos esfuerzos en sus partos. Y uno tras otro, cual rápido pájaro, puedes ver que se precipitan, con más fuerza que el fuego irresistible, hacia la costa del dios de las sombras[15]*.*

Antístrofa 2.ª

La población perece en número incontable. Sus hijos, abandonados, yacen en el suelo, portadores de muerte, sin obtener ninguna compasión. Entretanto, esposas y, también, canosas madres gimen por doquier en las gradas de los templos, en actitud de suplicantes, a causa de sus tristes desgracias. Resuena el peán y se oye, al mismo tiempo, un sonido de lamentos. En auxilio de estos males, ¡oh áurea hija de Zeus!, envía tu ayuda, de agraciado rostro.

---

14 Literalmente «circular»; no por querer significar que el ágora era de esta forma, sino porque la estatua de la diosa ocupaba el puesto central de la misma sobre un pedestal de forma circular o bien (se puede pensar con P. Mazon) porque hubiera un *thólos* dedicado a Ártemis.

15 Hades es el dios del reino de las sombras, situado al Occidente, según una antigua tradición mítica.

Estrofa 3.ª

Concede que el terrible Ares, que ahora sin la protección de los escudos[16] *me abrasa saliéndome al encuentro a grandes gritos, se dé la vuelta en su carrera, lejos de los confines de la patria, bien hacia el inmenso lecho de Anfitrita*[17], *bien hacia la inhóspita agitación de los puertos tracios. Pues si la noche deja algo pendiente, a terminarlo después llega el día. A ése, ¡oh tú, que repartes las fuerzas de los abrasadores relámpagos, oh Zeus padre!, destrúyelo bajo tu rayo.*

Antístrofa 3.ª

Soberano Liceo[18], *quisiera que tus flechas invencibles que parten de cuerdas trenzadas en oro se distribuyeran, colocadas delante, como protectoras y, también, las antorchas llameantes de Ártemis con las que corre por los montes de Licia. Invoco al de la mitra de oro, el que da nombre a esta región*[19], *a Baco, el de rojizo color, al del* evohé, *compañero de las ménades, ¡que se acerque resplandeciente con refulgente antorcha contra el dios odioso entre los dioses!*

(Sale Edipo y se dirige al Coro.)

EDIPO. — Suplicas. Y de lo que suplicas podrías obtener remedio y alivio en tus desgracias, si quisieras

---

[16] Ares, divinidad guerrera odiada por los mortales y por los mismos dioses, suele representar la muerte violenta en el combate. Aquí no es el caso —y lo destaca el poeta—, sino que representa la epidemia que también trae la muerte.

[17] El mar. Anfitrita es una nereida de la que se enamoró Poseidón y a la que hizo su esposa.

[18] Epíteto frecuentemente aplicado a Apolo y de difícil interpretación etimológica. Las tres palabras griegas con las que podría relacionarse son: *lýkos* «lobo», *Lykía* «Licia» y *lykē* «luz».

[19] Tebas es conocida como la «tierra de Baco» (cf. *Traquinias* 510) por ser éste hijo de Sémele y ésta, a su vez, de Cadmo. El «rojizo color» es el del vino, del que era dios. Sobre las ménades, véase nota 70 de *Antígona*.

acoger mis palabras cuando las oigas y prestar servicio en esta enfermedad. Y yo diré lo que sigue, como quien no tiene nada que ver con este relato ni con este hecho. Porque yo mismo no podría seguir por mucho tiempo la pista sin tener ni un rastro. Pero, como ahora he venido a ser un ciudadano entre ciudadanos, os diré a todos vosotros, cadmeos, lo siguiente: aquel de vosotros que sepa por obra de quién murió Layo, el hijo de Lábdaco, le ordeno que me lo revele todo y, si siente temor, que aleje la acusación que pesa contra sí mismo, ya que ninguna otra pena sufrirá y saldrá sano y salvo del país. Si alguien, a su vez, conoce que el autor es otro de otra tierra, que no calle. Yo le concederé la recompensa a la que se añadirá mi gratitud. Si, por el contrario, calláis y alguno temiendo por un amigo o por sí mismo trata de rechazar esta orden, lo que haré con ellos debéis escucharme. Prohíbo que en este país, del que yo poseo el poder y el trono, alguien acoja y dirija la palabra a este hombre, quienquiera que sea, y que se haga partícipe con él en súplicas o sacrificios a los dioses y que le permita las abluciones. Mando que todos le expulsen, sabiendo que es una impureza para nosotros, según me lo acaba de revelar el oráculo pítico del dios. Ésta es la clase de alianza que yo tengo para con la divinidad y para el muerto. Y pido solemnemente que, el que a escondidas lo ha hecho, sea en solitario, sea en compañía de otros, desventurado, consuma su miserable vida de mala manera. E impreco para que, si llega a estar en mi propio palacio y yo tengo conocimiento de ello, padezca yo lo que acabo de desear para éstos [20].

Y a vosotros os encargo que cumpláis todas estas cosas por mí mismo, por el dios y por este país tan consumido en medio de esterilidad y desamparo de los dio-

---

20 Los asesinos, o el criminal y sus posibles cómplices.

ses. Pues, aunque la acción que llevamos a cabo no hubiese sido promovida por un dios, no sería natural que vosotros la dejarais sin expiación, sino que debíais hacer averiguaciones por haber perecido un hombre excelente y, a la vez, rey.

Ahora, cuando yo soy el que me encuentro con el poder que antes tuvo aquél, en posesión del lecho y de la mujer fecundada, igualmente, por los dos, y hubiéramos tenido en común el nacimiento de hijos comunes, si su descendencia no se hubiera malogrado —pero la adversidad se lanzó contra su cabeza—[20 bis], por todo esto yo, como si mi padre fuera, lo defenderé y llegaré a todos los medios tratando de capturar al autor del asesinato para provecho del hijo de Lábdaco, descendiente de Polidoro y de su antepasado Cadmo, y del antiguo Agenor[21]. Y pido, para los que no hagan esto, que los dioses no les hagan brotar ni cosecha alguna de la tierra ni hijos de las mujeres, sino que perezcan a causa de la desgracia en que se encuentran y aún peor que ésta. Y a vosotros, los demás Cadmeos, a quienes esto os parezca bien, que la Justicia como aliada y todos los demás dioses os asistan con buenos consejos.

CORIFEO. — Tal como me has cogido inmerso en tu maldición, te hablaré, oh rey. Yo ni le maté ni puedo señalar a quien lo hizo. En esta búsqueda, era propio del que nos la ha enviado, de Febo, decir quién lo ha hecho.

EDIPO. — Con razón hablas. Pero ningún hombre podría obligar a los dioses a algo que no quieran.

CORIFEO. — En segundo lugar, después de eso, te podría decir lo que yo creo.

---

20 bis En este pasaje se produce un anacoluto que refleja el texto griego utilizado con la presencia del signo menos.

21 Enumera la genealogía de la familia real de Tebas. Agenor es el fundador de la dinastía, rey de Sidón y Tiro, y padre de Europa y Cadmo. (Véase nota 1.)

EDIPO. — También, si hay un tercer lugar, no dejes de decirlo.

CORO. — Sé que, más que ningún otro, el noble Tiresias ve lo mismo que el soberano Febo, y de él se podría tener un conocimiento muy exacto, si se le inquiriera, señor.

EDIPO. — No lo he echado en descuido sin llevarlo a la práctica; pues, al decírmelo Creonte, he enviado dos mensajeros. Me extraña que no esté presente desde hace rato.

CORIFEO. — Entonces los demás rumores son ineficaces y pasados.

EDIPO. — ¿Cuáles son? Pues atiendo a toda clase de rumor.

CORIFEO. — Se dijo que murió a manos de unos caminantes.

EDIPO. — También yo lo oí. Pero nadie conoce al que lo vio.

CORIFEO. — Si tiene un poco de miedo, no aguardará después de oír tus maldiciones.

EDIPO. — El que no tiene temor ante los hechos tampoco tiene miedo a la palabra.

(Entra Tiresias con los enviados por Edipo. Un niño le acompaña.)

CORIFEO. — Pero ahí está el que lo dejará al descubierto. Éstos traen ya aquí al sagrado adivino, al único de los mortales en quien la verdad es innata.

EDIPO. — ¡Oh Tiresias, que todo lo manejas, lo que debe ser enseñado y lo que es secreto, los asuntos del cielo y los terrenales! Aunque no ves, comprendes, sin embargo, de qué mal es víctima nuestra ciudad. A ti te reconocemos como único defensor y salvador de ella, señor. Porque Febo, si es que no lo has oído a los mensajeros, contestó a nuestros embajadores que la única liberación de esta plaga nos llegaría si, después de ave-

riguarlo correctamente, dábamos muerte a los asesinos de Layo o les hacíamos salir desterrados del país. Tú, sin rehusar ni el sonido de las aves ni ningún otro medio de adivinación[22], sálvate a ti mismo y a la ciudad y sálvame a mí, y líbranos de toda impureza originada por el muerto. Estamos en tus manos. Que un hombre preste servicio con los medios de que dispone y es capaz, es la más bella de las tareas.

TIRESIAS. — ¡Ay, ay! ¡Qué terrible es tener clarividencia cuando no aprovecha al que la tiene! Yo lo sabía bien, pero lo he olvidado, de lo contrario no hubiera venido aquí.

EDIPO. — ¿Qué pasa? ¡Qué abatido te has presentado!

TIRESIAS. — Déjame ir a casa. Más fácilmente soportaremos tú lo tuyo y yo lo mío si me haces caso.

EDIPO. — No hablas con justicia ni con benevolencia para la ciudad que te alimentó, si le privas de tu augurio.

TIRESIAS. — Porque veo que tus palabras no son oportunas para ti. ¡No vaya a ser que a mí me pase lo mismo...!

(Hace ademán de retirarse.)

EDIPO. — No te des la vuelta, ¡por los dioses!, si sabes algo, ya que te lo pedimos todos los que estamos aquí como suplicantes.

TIRESIAS. — Todos han perdido el juicio. Yo nunca revelaré mis desgracias, por no decir las tuyas.

EDIPO. — ¿Qué dices? ¿Sabiéndolo no hablarás, sino que piensas traicionarnos y destruir a la ciudad?

TIRESIAS. — Yo no quiero afligirme a mí mismo ni a ti. ¿Por qué me interrogas inútilmente? No te enterarás por mí.

---

22 Otro medio de adivinación nos lo encontramos en *Antígona* 1005, donde el mismo Tiresias explica el del fuego.

Edipo. — ¡Oh el más malvado de los malvados, pues tú llegarías a irritar, incluso, a una roca! ¿No hablarás de una vez, sino que te vas a mostrar así de duro e inflexible?

Tiresias. — Me has reprochado mi obstinación, y no ves la que igualmente hay en ti, y me censuras.

Edipo. — ¿Quién no se irritaría al oír razones de esta clase con las que tú estás perjudicando a nuestra ciudad?

Tiresias. — Llegarán por sí mismas, aunque yo las proteja con el silencio.

Edipo. — Pues bien, debes manifestarme incluso lo que está por llegar.

Tiresias. — No puedo hablar más. Ante esto, si quieres irrítate de la manera más violenta.

Edipo. — Nada de lo que estoy advirtiendo dejaré de decir, según estoy de encolerizado. Has de saber que me parece que tú has ayudado a maquinar el crimen y lo has llevado a cabo en lo que no ha sido darle muerte con tus manos. Y si tuvieras vista, diría que, incluso, este acto hubiera sido obra de ti solo.

Tiresias. — ¿De verdad? Y yo te insto a que permanezcas leal al edicto que has proclamado antes y a que no nos dirijas la palabra ni a éstos ni a mí desde el día de hoy, en la idea de que tú eres el azote impuro de esta tierra.

Edipo. — ¿Con tanta desvergüenza haces esta aseveración? ¿De qué manera crees poderte escapar a ella?

Tiresias. — Ya lo he hecho. Pues tengo la verdad como fuerza.

Edipo. — ¿Por quién has sido enseñado? Pues, desde luego, de tu arte no procede.

Tiresias. — Por ti, porque me impulsaste a hablar en contra de mi voluntad.

EDIPO. — ¿Qué palabras? Dilo, de nuevo, para que lo aprenda mejor.

TIRESIAS. — ¿No has escuchado antes? ¿O es que tratas de que hable?

EDIPO. — No como para decir que me es comprensible. Dilo de nuevo.

TIRESIAS. — Afirmo que tú eres el asesino del hombre acerca del cual están investigando.

EDIPO. — No dirás impunemente dos veces estos insultos.

TIRESIAS. — En ese caso, ¿digo también otras cosas para que te irrites aún más?

EDIPO. — Di cuanto gustes, que en vano será dicho.

TIRESIAS. — Afirmo que tú has estado conviviendo muy vergonzosamente, sin advertirlo, con los que te son más queridos y que no te das cuenta en qué punto de desgracia estás.

EDIPO. — ¿Crees tú, en verdad, que vas a seguir diciendo alegremente esto?

TIRESIAS. — Sí, si es que existe alguna fuerza en la verdad.

EDIPO. — Existe, salvo para ti. Tú no la tienes, ya que estás ciego de los oídos, de la mente y de la vista.

TIRESIAS. — Eres digno de lástima por echarme en cara cosas que a ti no habrá nadie que no te reproche pronto.

EDIPO. — Vives en una noche continua, de manera que ni a mí, ni a ninguno que vea la luz, podrías perjudicar nunca.

TIRESIAS. — No quiere el destino que tú caigas por mi causa, pues para ello se basta Apolo, a quien importa llevarlo a cabo.

EDIPO. — ¿Esta invención es de Creonte o tuya?

TIRESIAS. — Creonte no es ningún dolor para ti, sino tú mismo.

EDIPO. — ¡Oh riqueza, poder y saber que aventajas a cualquier otro saber en una vida llena de encontrados intereses! ¡Cuánta envidia acecha en vosotros, si, a causa de este mando que la ciudad me confió como un don —sin que yo lo pidiera—, Creonte, el que era leal, el amigo desde el principio, desea expulsarme deslizándose a escondidas, tras sobornar a semejante hechicero, maquinador y charlatán engañoso, que sólo ve en las ganancias y es ciego en su arte! Porque, ¡ea!, dime, ¿en qué fuiste tú un adivino infalible? ¿Cómo es que no dijiste alguna palabra que liberara a estos ciudadanos cuando estaba aquí la perra cantora[23]? Y, ciertamente, el enigma no era propio de que lo discurriera cualquier persona que se presentara, sino que requería arte adivinatoria que tú no mostraste tener, ni procedente de las aves ni conocida a partir de alguno de los dioses. Y yo, Edipo, el que nada sabía, llegué y la hice callar consiguiéndolo por mi habilidad, y no por haberlo aprendido de los pájaros. A mí es a quien tú intentas echar, creyendo que estarás más cerca del trono de Creonte. Me parece que tú y el que ha urdido esto tendréis que lograr la purificación entre lamentos. Y si no te hubieses hecho valer por ser un anciano, hubieras conocido con sufrimientos qué tipo de sabiduría tienes.

CORIFEO. — Nos parece adivinar que las palabras de éste y las tuyas, Edipo, han sido dichas a impulsos de la cólera. Pero no debemos ocuparnos en tales cosas, sino en cómo resolveremos los oráculos del dios de la mejor manera.

TIRESIAS. — Aunque seas el rey, se me debe dar la misma oportunidad de replicarte, al menos con palabras semejantes. También yo tengo derecho a ello, ya que no

[23] Se refiere a la Esfinge no porque tuviera forma de perra, sino por su misión de «guardiana» del cumplimiento de los designios de Hera.

vivo sometido a ti sino a Loxias[24], de modo que no podré ser inscrito como seguidor de Creonte, jefe de un partido. Y puesto que me has echado en cara que soy ciego, te digo: aunque tú tienes vista, no ves en qué grado de desgracia te encuentras ni dónde habitas ni con quiénes transcurre tu vida. ¿Acaso conoces de quiénes desciendes? Eres, sin darte cuenta, odioso para los tuyos, tanto para los de allí abajo como para los que están en la tierra, y la maldición que por dos lados te golpea, de tu madre y de tu padre, con paso terrible te arrojará, algún día, de esta tierra, y tú, que ahora ves claramente, entonces estarás en la oscuridad. ¡Qué lugar no será refugio de tus gritos!, ¡qué Citerón[25] no los recogerá cuando te des perfecta cuenta del infausto matrimonio en el que tomaste puerto en tu propia casa después de conseguir una feliz navegación[26]! Y no adviertes la cantidad de otros males que te igualarán a tus hijos. Después de esto, ultraja a Creonte y a mi palabra. Pues ningún mortal será aniquilado nunca de peor forma que tú.

EDIPO. — ¿Es que es tolerable escuchar esto de ése? ¡Maldito seas! ¿No te irás cuanto antes? ¿No te irás de esta casa, volviendo por donde has venido?

TIRESIAS. — No hubiera venido yo, si tú no me hubieras llamado.

EDIPO. — No sabía que ibas a decir necedades. En tal caso, difícilmente te hubiera hecho venir a mi palacio.

---

24 El epíteto de Apolo «Loxias» está conectado con el adjetivo *loxós* «oblicuo», y hace alusión a las ambiguas respuestas del oráculo.

25 Citerón es el nombre del monte en que fue abandonado Edipo. Aquí, en una clara figura estilística, está empleado como el nombre genérico de «monte».

26 Los términos griegos empleados en esta frase están tomados, una vez más, del vocabulario de la marina, tan conocido y usado por el pueblo ateniense.

TIRESIAS. — Yo soy tal cual te parezco, necio, pero para los padres que te engendraron era juicioso.

EDIPO. — ¿A quiénes? Aguarda. ¿Qué mortal me dio el ser?

TIRESIAS. — Este día te engendrará y te destruirá.

EDIPO. — ¡De qué modo enigmático y oscuro lo dices todo!

TIRESIAS. — ¿Acaso no eres tú el más hábil por naturaleza para interpretarlo? [27].

EDIPO. — Échame en cara, precisamente, aquello en lo que me encuentras grande.

TIRESIAS. — Esa fortuna, sin embargo, te hizo perecer.

EDIPO. — Pero si salvo a esta ciudad, no me preocupa.

TIRESIAS. — En ese caso me voy. Tú, niño, condúceme.

EDIPO. — Que te lleve, sí, porque aquí, presente, eres un molesto obstáculo; y, una vez fuera, puede ser que no atormentes más.

TIRESIAS. — Me voy, porque ya he dicho aquello para lo que vine, no porque tema tu rostro. Nunca me podrás perder. Y te digo: ese hombre que, desde hace rato, buscas con amenazas y con proclamas a causa del asesinato de Layo está aquí. Se dice que es extranjero establecido aquí, pero después saldrá a la luz que es tebano por su linaje y no se complacerá de tal suerte. Ciego, cuando antes tenía vista, y pobre, en lugar de rico, se trasladará a tierra extraña tanteando el camino con un bastón. Será manifiesto que él mismo es, a la vez, hermano y padre de sus propios hijos, hijo y esposo de la mujer de la que nació y de la misma raza, así como asesino de su padre.

[27] Alude a la actuación de Edipo descifrando el enigma de la Esfinge.

Entra y reflexiona sobre esto. Y si me coges en mentira, di que yo ya no tengo razón en el arte adivinatorio.

(Tiresias se aleja y Edipo entra en palacio.)

CORO.

Estrofa 1.ª

¿Quién es aquel al que la profética roca délfica nombró como el que ha llevado a cabo, con sangrientas manos, acciones indecibles entre las indecibles? Es el momento para que él, en la huida, fuerce un paso más poderoso que el de caballos rápidos como el viento, pues contra él se precipita, armado con fuego y relámpagos, el hijo de Zeus. Y, junto a él, siguen terribles las infalibles diosas de la Muerte[28].

Antístrofa 1.ª

No hace mucho resonó claramente, desde el nevado Parnaso[29]*, la voz que anuncia que, por doquier, se siga el rastro al hombre desconocido. Va de un lado a otro*[30] *bajo el agreste bosque y por cuevas y grutas, cual un toro que vive solitario, desgraciado, de desgraciado andar, rehuyendo los oráculos procedentes del centro de la tierra*[31]*. Pero éstos, siempre vivos, revolotean alrededor.*

Estrofa 2.ª

De terrible manera, ciertamente, de terrible manera me perturba el sabio adivino, ya lo crea, ya lo niegue. ¿Qué diré? Lo ignoro. Estoy traído y llevado por las es-

---

28 Perífrasis con la que he traducido el nombre griego *Kēres*, espíritus vengadores, de horrible aspecto, que ejecutan el destino de muerte. En Esquilo se confunden con las Moiras o también con las Erinias.

29 El santuario de Delfos está en la ladera de un monte que pertenece a la misma cadena montañosa donde se eleva el monte Parnaso.

30 El Coro describe al asesino tal como él lo imagina, exiliado y fugitivo.

31 Delfos era considerado el *ómphalos* u ombligo del mundo.

peranzas, sin ver ni el presente ni lo que hay detrás. Yo nunca he sabido, ni antes ni ahora, qué motivo de disputa había entre los Labdácidas y el hijo de Pólibo[32]*, que, por haberlo probado, me haga ir contra la pública fama de Edipo, como vengador para los Labdácidas de muertes no claras.*

Antístrofa 2.ª

Por una parte, cierto es que Zeus y Apolo son sagaces y conocedores de los asuntos de los mortales, pero que un adivino entre los hombres obtenga mayor éxito que yo, no es un juicio verdadero. Un hombre podría contraponer sabiduría a sabiduría. Y yo nunca, hasta ver que la profecía se cumpliera, haría patentes los reproches. Porque, un día, llegó contra él, visible, la alada doncella[33] *y quedó claro, en la prueba, que era sabio y amigo para la ciudad. Por ello, en mi corazón nunca será culpable de maldad*[34].

(Entra Creonte.)

CREONTE. — Ciudadanos, habiéndome enterado de que el rey Edipo me acusa con terribles palabras, me presento sin poder soportarlo. Pues si en los males presentes cree haber sufrido de mi parte con palabras o con obras algo que le lleve a un perjuicio, no tengo deseo de una vida que dure mucho tiempo con esta fama. El daño que me reporta esta acusación no es sin importancia, sino

---

32 Pólibo, rey de Corinto, recibió al pequeño Edipo y lo crió como a un hijo. Para el Coro, es el padre verdadero de Edipo.

33 Nueva alusión a la Esfinge, esta vez como un monstruo femenino con rostro de mujer, pecho, patas y cola de león, y alas como las de un ave de rapiña. Evitan llamarla por su nombre y recurren a todos los atributos.

34 El predominio del valor de la razón en la Atenas de Sófocles se manifiesta en las dudas que expresa el Coro entre la confianza en su propio juicio acerca de la persona de Edipo y la creencia religiosa en el augurio del adivino.

gravísimo, si es que voy a ser llamado malvado en la ciudad, y malvado ante ti y ante los amigos.

Corifeo. — Tal vez haya llegado a este ultraje forzado por la cólera, más que intencionadamente.

Creonte. — ¿Fue declarado por éste abiertamente que, persuadido por mis consejeros, el adivino decía palabras falaces?

Corifeo. — Eso dijo, pero no sé con qué intención.

Creonte. — ¿Y, con la mirada y la mente rectas, lanzó esta acusación contra mí?

Corifeo. — No sé, pues no conozco lo que hacen los que tienen el poder. Pero él, en persona, sale ya del palacio.

(Entra Edipo en escena.)

Edipo. — ¡Tú, ése! ¿Cómo has venido aquí? ¿Eres, acaso, persona de tanta osadía que has llegado a mi casa, a pesar de que es evidente que tú eres el asesino de este hombre y un usurpador manifiesto de mi soberanía? ¡Ea, dime, por los dioses! ¿Te decidiste a actuar así por haber visto en mí alguna cobardía o locura? ¿O pensabas que no descubriría que tu acción se deslizaba con engaño, o que no me defendería al averiguarlo? ¿No es tu intento una locura: buscar con ahínco la soberanía sin el apoyo del pueblo y de los amigos, cuando se obtiene con la ayuda de aquél y de las riquezas?

Creonte. — ¿Sabes lo que vas a hacer? Opuestas a tus palabras, escúchame palabras semejantes y, después de conocerlas, juzga tú mismo.

Edipo. — Tú eres diestro en el hablar y yo soy torpe para comprenderte, porque he descubierto que eres hostil y molesto para mí.

Creonte. — En lo que a esto se refiere, óyeme primero cómo lo voy a contar.

Edipo. — En lo que a esto se refiere, no me digas que no eres un malvado.

CREONTE. — Si crees que la presunción separada de la inteligencia es un bien, no razonas bien.

EDIPO. — Si crees que perjudicando a un pariente no sufrirás la pena, no razonas correctamente.

CREONTE. — De acuerdo contigo en que has dicho esto con toda razón. Pero infórmame qué perjuicio dices que has recibido.

EDIPO. — ¿Intentabas persuadirme, o no, de que era necesario que enviara a alguien a buscar al venerable adivino?

CREONTE. — Y soy aún el mismo en lo que a ese consejo se refiere.

EDIPO. — ¿Cuánto tiempo hace ya desde que Layo...

CREONTE. — ¿Qué fue lo que hizo? No entiendo.

EDIPO. — ... sin que fuera visible, pereciera en un asesinato?

CREONTE. — Podrían contarse largos y antiguos años.

EDIPO. — ¿Ejercería entonces su arte ese adivino?

CREONTE. — Sí, tan sabiamente como antes y honrado por igual.

EDIPO. — ¿Hizo mención de mí para algo en aquel tiempo?

CREONTE. — No, ciertamente, al menos cuando yo estaba presente.

EDIPO. — Pero, ¿no hicisteis investigaciones acerca del muerto?

CREONTE. — Las hicimos, ¿cómo no? Y no conseguimos nada.

EDIPO. — ¿Y cómo, pues, ese sabio no dijo entonces estas cosas?

CREONTE. — No lo sé. De lo que no comprendo, prefiero guardar silencio.

EDIPO. — Sólo lo que sabes podrías decirlo con total conocimiento.

CREONTE. — ¿Qué es ello? Si lo sé, no lo negaré.

EDIPO. — Que, si no hubiera estado concertado contigo, no hubiera hablado de la muerte de Layo a mis manos.

CREONTE. — Si esto dice, tú lo sabes. Yo considero justo informarme de ti, lo mismo que ahora tú lo has hecho de mí.

EDIPO. — Haz averiguaciones. No seré hallado culpable de asesinato.

CREONTE. — ¿Y qué? ¿Estás casado con mi hermana?

EDIPO. — No es posible negar la pregunta que me haces.

CREONTE. — ¿Gobiernas el país administrándolo con igual poder que ella?

EDIPO. — Lo que desea, todo lo obtiene de mí.

CREONTE. — ¿Y no es cierto que, en tercer lugar, yo me igualo a vosotros dos?

EDIPO. — Por eso, precisamente, resultas ser un mal amigo.

CREONTE. — No si me das la palabra como yo a ti mismo. Considera primeramente esto: si crees que alguien preferiría gobernar entre temores a dormir tranquilo, teniendo el mismo poder. Por lo que a mí respecta, no tengo más deseo de ser rey que de actuar como si lo fuera, ni ninguna otra persona que sepa razonar. En efecto, ahora lo obtengo de ti todo sin temor, pero, si fuera yo mismo el que gobernara, haría muchas cosas también contra mi voluntad. ¿Cómo, pues, iba a ser para mí más grato el poder absoluto, que un mando y un dominio exentos de sufrimientos? Aún no estoy tan mal aconsejado como para desear otras cosas que no sean los honores acompañados de provecho. Actualmente, todos me saludan y me acogen con cariño. Los que ahora tienen necesidad de ti me halagan, pues en esto está, para ellos, el obtener todo. ¿Cómo iba yo, pues, a pretender aquello desprendiéndome de esto? Una mente que razona

bien no puede volverse torpe. No soy, por tanto, amigo de esta idea ni soportaría nunca la compañía de quien lo hiciera. Y, como prueba de esto, ve a Delfos y entérate si te he anunciado fielmente la respuesta del oráculo. Y otra cosa: si me sorprendes habiendo tramado algo en común con el adivino, tras hacerlo, no me condenes a muerte por un solo voto, sino por dos, por el tuyo y el mío; pero no me inculpes por tu cuenta a causa de una suposición no probada. No es justo considerar, sin fundamento, a los malvados honrados ni a los honrados malvados. Afirmo que es igual rechazar a un buen amigo que la propia vida, a la que se estima sobre todas las cosas. Con el tiempo, podrás conocer que esto es cierto, ya que sólo el tiempo muestra al hombre justo, mientras que podrías conocer al perverso en un solo día.

CORIFEO. — Bien habló él, señor, para quien sea cauto en errar. Pues los que se precipitan no son seguros para dar una opinión.

EDIPO. — Cuando el que conspira a escondidas avanza con rapidez, preciso es que también yo mismo planee con la misma rapidez. Si espero sin moverme, los proyectos de éste se convertirán en hechos y los míos, en frustraciones.

CREONTE. — ¿Qué pretendes, entonces? ¿Acaso arrojarme fuera del país?

EDIPO. — En modo alguno. Que mueras quiero, no que huyas.

CREONTE. — Cuando expliques cuál es la clase de aborrecimiento...

EDIPO. — ¿Quieres decir que no me obedecerás ni me darás crédito?

CREONTE. — ... pues veo que tú no razonas con cordura.

EDIPO. — Sí, al menos, en lo que me afecta.

CREONTE. — Pero es preciso que lo hagas también en lo mío.

EDIPO. — Tú eres un malvado.

CREONTE. — ¿Y si es que tú no comprendes nada?

EDIPO. — Hay que obedecer, a pesar de ello.

CREONTE. — No al que ejerce mal el poder.

EDIPO. — ¡Oh ciudad, ciudad!

CREONTE. — También a mí me interesa la ciudad, no sólo a ti.

CORIFEO. — Cesad, príncipes. Veo que, a tiempo para vosotros, sale de palacio Yocasta, con la que debéis dirimir la disputa que estáis sosteniendo.

(Yocasta sale de palacio.)

YOCASTA. — ¿Por qué, oh desdichados, originasteis esta irreflexiva discusión? ¿No os da vergüenza ventilar cuestiones particulares estando como está sufriendo la ciudad? ¿No irás tú a palacio y tú, Creonte, a tu casa sin transformar un disgusto que no es nada en algo importante?

CREONTE. — Hermana, Edipo, tu esposo, pretende llevar a cabo decisiones terribles respecto a mí, habiendo elegido entre dos calamidades: o desterrarme de la patria o, tras hacerme prisionero, matarme.

EDIPO. — Asiento. Pues le he sorprendido, mujer, tramando contra mi persona con mañas ruines.

CREONTE. — ¡Que no sea feliz, sino que perezca maldito, si he realizado contra ti algo de lo que me imputas!

YOCASTA. — ¡Por los dioses!, Edipo, da crédito a esto, sobre todo si sientes respeto ante un juramento en nombre de los dioses y, después, también por respeto a mí y a los que están ante ti.

Estrofa 1.ª

CORO. — *Obedece de grado y por prudencia, señor, te lo suplico.*

EDIPO. — *¿En qué quieres que ceda?*

CORO. — *En respetar al que nunca antes fue necio y ahora es fuerte en virtud del juramento.*

EDIPO. — *¿Sabes lo que pides?*

CORIFEO. — *Lo sé.*

EDIPO. — *Explícame qué dices.*

CORO. — *Que, por un rumor poco probado, nunca lances una acusación de deshonor a un pariente obligado por su propio juramento.*

EDIPO. — Entérate bien ahora: cuando esto pretendes, me estás buscando la ruina o mi destierro de este país.

Estrofa 2.ª

CORO. — *No, ¡por el dios primero entre todos los dioses, el Sol! ¡Qué muera sin dios, sin amigos, de la peor manera, si tengo semejante pensamiento! Pero esta tierra que se consume aflige mi ánimo, desventurado, si los males que os atañen a vosotros dos se unen a los que ya había.*

EDIPO. — ¡Que se vaya éste, aun cuando deba yo morir irremediablemente o ser expulsado por la fuerza, deshonrado, de esta tierra! Ante tus palabras dignas de lástima me apiado, que no ante las de éste. Él, en donde se encuentre, será objeto de mi aborrecimiento.

CREONTE. — Es evidente que lleno de odio cedes, y estarás molesto cuando termines de estar airado. Las naturalezas como la tuya son, con motivo, las que más se duelen de soportarse a sí mismas.

EDIPO. — ¿No me dejarás tranquilo y te irás fuera?

CREONTE. — Me voy sin que me hayas entendido, pero para éstos soy el mismo. *(Se aleja.)*

Antístrofa 1.ª

CORO. — *Mujer, ¿qué estás esperando para llevarlo a palacio?*

YOCASTA. — *Conocer qué es lo que ocurre.*

Coro. — *Una oscura sospecha surgió de unas palabras, pero también me desgarra lo que puede ser injusto*[35].

Yocasta. — ¿Del uno y del otro?

Corifeo. — Sí.

Yocasta. — ¿Y cuál fue el motivo?

Coro. — *Basta, me parece que es suficiente, estando atormentado el país. Que se quede el asunto allí donde cesó.*

Edipo. — Date cuenta dónde has llegado, aun siendo hombre honesto en tu intención, haciendo caso omiso y embotando mi corazón.

Antístrofa 2.ª

Coro. — *¡Oh señor!, no te lo he dicho sólo una vez: sabe que habría de mostrarme insensato, falto de razonable juicio, si te abandonara. Tú, que dirigiste con justicia el rumbo*[36] *de mi querido país, cuando estaba sacudido entre desgracias, llegarás a ser también ahora un buen guía, si puedes.*

Yocasta. — ¡En nombre de los dioses! Dime también a mí, señor, por qué asunto has concebido semejante enojo.

Edipo. — Hablaré. Pues a ti, mujer, te venero más que a éstos. Es a causa de Creonte y de la clase de conspiración que ha tramado contra mí.

Yocasta. — Habla, si es que lo vas a hacer para denunciar claramente el motivo de la querella.

Edipo. — Dice que yo soy el asesino de Layo.

---

[35] Es decir, que la sospecha recayó en Edipo a partir de las palabras del adivino y, también, a partir de ellas Edipo ofende a Creonte acusándole sin razón.

[36] El tema de la nave del estado de la que el gobernante dirige el rumbo aparece por primera vez en Arquíloco (fr. 163) y, desde entonces, lo encontramos repetido en líricos, trágicos, historiadores, etc.

YOCASTA. — ¿Lo conoce por sí mismo o por haberlo oído decir a otro?

EDIPO. — Ha hecho venir a un desvergonzado adivino, ya que su boca, por lo que a él en persona concierne, está completamente libre.

YOCASTA. — Tú, ahora, liberándote a ti mismo de lo que dices, escúchame y aprende que nadie que sea mortal tiene parte en el arte adivinatoria[37]. La prueba de esto te la mostraré en pocas palabras.

Una vez le llegó a Layo un oráculo —no diré que del propio Febo, sino de sus servidores— que decía que tendría el destino de morir a manos del hijo que naciera de mí y de él. Sin embargo, a él, al menos según el rumor, unos bandoleros extranjeros le mataron en una encrucijada de tres caminos[38]. Por otra parte, no habían pasado tres días desde el nacimiento del niño cuando Layo, después de atarle juntas las articulaciones de los pies[39], le arrojó, por la acción de otros, a un monte infranqueable. Por tanto, Apolo ni cumplió el que éste llegara a ser asesino de su padre ni que Layo sufriera a manos de su hijo la desgracia que él temía. Afirmo que los oráculos habían declarado tales cosas. Por ello, tú para nada te preocupes, pues aquello en lo que el dios descubre alguna utilidad, él en persona lo da a conocer sin rodeos.

EDIPO. — Al acabar de escucharte, mujer, ¡qué delirio se ha apoderado de mi alma y qué agitación de mis sentidos!

---

[37] Otra interpretación sería traducir: «ninguno de los asuntos de los mortales está afectado por el arte adivinatoria».

[38] No es exactamente un cruce de caminos, porque entonces no quedarían cuatro caminos, sino la bifurcación de un camino. En algunos escolios queda aclarado por la inserción del signo de la *Ypsilón:* Y.

[39] Los tobillos. De ahí el nombre de Edipo, que significa «pie hinchado».

CREONTE. — ¿A qué preocupación te refieres que te ha hecho volverte sobre tus pasos?

EDIPO. — Me pareció oírte que Layo había sido muerto en una encrucijada de tres caminos.

YOCASTA. — Se dijo así y aún no se ha dejado de decir.

EDIPO. — ¿Y dónde se encuentra el lugar ese en donde ocurrió la desgracia?

YOCASTA. — Fócide es llamada la región, y la encrucijada hace confluir los caminos de Delfos y de Daulia.

EDIPO. — ¿Qué tiempo ha transcurrido desde estos acontecimientos?

YOCASTA. — Poco antes de que tú aparecieras con el gobierno de este país, se anunció eso a la ciudad.

EDIPO. — ¡Oh Zeus! ¿Cuáles son tus planes para conmigo?

YOCASTA. — ¿Qué es lo que te desazona, Edipo?

EDIPO. — Todavía no me interrogues. Y dime, ¿qué aspecto tenía Layo y de qué edad era?

YOCASTA. — Era fuerte, con los cabellos desde hacía poco encanecidos, y su figura no era muy diferente de la tuya.

EDIPO. — ¡Ay de mí, infortunado! Paréceme que acabo de precipitarme a mí mismo, sin saberlo, en terribles maldiciones.

YOCASTA. — ¿Cómo dices? No me atrevo a dirigirte la mirada, señor.

EDIPO. — Me pregunto, con tremenda angustia, si el adivino no estaba en lo cierto, y me lo demostrarás mejor, si aún me revelas una cosa.

YOCASTA. — En verdad que siento temor, pero a lo que me preguntes, si lo sé, contestaré.

EDIPO. — ¿Iba de incógnito, o con una escolta numerosa cual corresponde a un rey?

YOCASTA. — Eran cinco en total. Entre ellos había un heraldo. Sólo un carro conducía a Layo.

EDIPO. — ¡Ay, ay! Esto ya está claro. ¿Quién fue el que entonces os anunció las nuevas, mujer?

YOCASTA. — Un servidor que llegó tras haberse salvado sólo él.

EDIPO. — ¿Por casualidad se encuentra ahora en palacio?

YOCASTA. — No, por cierto. Cuando llegó de allí y vio que tú regentabas el poder y que Layo estaba muerto [40], me suplicó, encarecidamente, cogiéndome la mano [41], que le enviara a los campos y al pastoreo de rebaños para estar lo más alejado posible de la ciudad. Yo lo envié, porque, en su calidad de esclavo, era digno de obtener este reconocimiento y aún mayor.

EDIPO. — ¿Cómo podría llegar junto a nosotros con rapidez?

YOCASTA. — Es posible. Pero ¿por qué lo deseas?

EDIPO. — Temo por mí mismo, oh mujer, haber dicho demasiadas cosas. Por ello, quiero verle.

YOCASTA. — Está bien, vendrá, pero también yo merezco saber lo que te causa desasosiego, señor.

EDIPO. — Y no serás privada, después de haber llegado yo a tal punto de zozobra. Pues, ¿a quién mejor que a ti podría yo hablar, cuando paso por semejante trance?

---

[40] Descubrimos una contradicción en que ha caído Sófocles, si bien es verdad que en un aspecto que no afecta a la trama principal de la obra y que, por tanto, no menoscaba la perfecta técnica dramática del autor. En efecto, el servidor es el que llegó a Tebas para anunciar la muerte de Layo. Ahora, Yocasta deja entrever que este servidor se asombra al descubrir a Edipo en el trono «por la muerte del anterior rey, Layo».

[41] Toda súplica formal iba acompañada de gestos rituales, uno era coger la mano a aquel a quien se hacía la súplica o, también, abrazarse a sus rodillas.

Mi padre era Pólibo, corintio, y mi madre Mérope, doria. Era considerado yo como el más importante de los ciudadanos de allí hasta que me sobrevino el siguiente suceso, digno de admirar, pero, sin embargo, no proporcionado al ardor que puse en ello. He aquí que en un banquete, un hombre saturado de bebida, refiriéndose a mí, dice, en plena embriaguez, que yo era un falso hijo de mi padre. Yo, disgustado, a duras penas me pude contener a lo largo del día, pero, al siguiente, fui junto a mi padre y mi madre y les pregunté. Ellos llevaron a mal la injuria de aquel que había dejado escapar estas palabras. Yo me alegré con su reacción; no obstante, eso me atormentaba sin cesar, pues me había calado hondo.

Sin que mis padres lo supieran, me dirigí a Delfo, y Febo me despidió sin atenderme en aquello por lo que llegué, sino que se manifestó anunciándome, infortunado de mí, terribles y desgraciadas calamidades: que estaba fijado que yo tendría que unirme a mi madre y que traería al mundo una descendencia insoportable de ver para los hombres y que yo sería asesino del padre que me había engendrado.

Después de oír esto, calculando a partir de allí la posición de la región corintia por las estrellas, iba, huyendo de ella, adonde nunca viera cumplirse las atrocidades de mis funestos oráculos.

En mi caminar llego a ese lugar en donde tú afirmas que murió el rey. Y a ti, mujer, te revelaré la verdad. Cuando en mi viaje estaba cerca de ese triple camino, un heraldo y un hombre, cual tú describes, montado sobre un carro tirado por potros, me salieron al encuentro. El conductor [42] y el mismo anciano me arrojaron violenta-

---

42 Nombra de tres formas al que parece ser la misma persona: el heraldo, el conductor y el guía. Jebb, en cambio, cree que el heraldo debe ser identificado con el guía, pero que es distinto del conductor.

mente fuera del camino. Yo, al que me había apartado, al conductor del carro, le golpeé movido por la cólera. Cuando el anciano ve desde el carro que me aproximo, apuntándome en medio de la cabeza, me golpea con la pica de doble punta. Y él no pagó por igual, sino que, inmediatamente, fue golpeado con el bastón por esta mano y, al punto, cae redondo de espaldas desde el carro. Maté a todos.

Si alguna conexión hay entre Layo y este extranjero, ¿quién hay en este momento más infortunado que yo? ¿Qué hombre podría llegar a ser más odiado por los dioses, cuando no le es posible a ningún extranjero ni ciudadano recibirle en su casa ni dirigirle la palabra y hay que arrojarle de los hogares? Y nadie, sino yo, es quien ha lanzado sobre mí mismo tales maldiciones. Mancillo el lecho del muerto con mis manos, precisamente con las que le maté. ¿No soy yo, en verdad, un canalla? ¿No soy un completo impuro? Si debo salir desterrado, no me es posible en mi destierro ver a los míos ni pisar mi patria, a no ser que me vea forzado a unirme en matrimonio con mi madre y a matar a Pólibo[43], que me crió y engendró. ¿Acaso no sería cierto el razonamiento de quien lo juzgue como venido sobre mí de una cruel divinidad? ¡No, por cierto, oh sagrada majestad de los dioses, que no vea yo este día, sino que desaparezca de entre los mortales antes que ver que semejante deshonor impregnado de desgracia llega sobre mí!

CORIFEO. — A nosotros, oh rey, nos parece esto motivo de temor, pero mientras no lo conozcas del todo por boca del que estaba presente, ten esperanza.

---

[43] Éste es el nudo gordiano de la trama y el momento de mayor ironía trágica en esta obra, en la que constantemente aparecen situaciones irónicas. Edipo se convence de ser asesino de Layo, pero aún no imagina que éste era también su padre.

EDIPO. — En verdad, ésta es la única esperanza que tengo: aguardar al pastor.

YOCASTA. — Y cuando él haya aparecido, ¿qué esperas que suceda?

EDIPO. — Yo te lo diré. Si descubrimos que dice lo mismo que tú, yo podría ponerme a salvo de esta calamidad.

YOCASTA. — ¿Qué palabras especiales me has oído?

EDIPO. — Decías que él afirmó que unos ladrones le habían matado. Si aún confirma el mismo número, yo no fui el asesino, pues no podría ser uno solo igual a muchos. Pero si dice que fue un hombre que viajaba en solitario, está claro: el delito me es imputable.

YOCASTA. — Ten por seguro que así se propagó la noticia, y no le es posible desmentirla de nuevo, puesto que la ciudad, no yo sola, lo oyó. Y si en algo se apartara del anterior relato, ni aun entonces mostrará que la muerte de Layo se cumplió debidamente, porque Loxias dijo expresamente que se llevaría a cabo por obra de un hijo mío. Sin embargo, aquél, infeliz, nunca le pudo matar, sino que él mismo sucumbió antes. De modo que en materia de adivinación yo no podría dirigir la mirada ni a un lado ni a otro.

EDIPO. — Haces un sensato juicio. Pero, no obstante, envía a alguien para que haga venir al labriego y no lo descuides.

(Entran en palacio.)

CORO.

Estrofa 1.ª

¡Ojalá el destino me asistiera para cuidar de la venerable pureza de todas las palabras y acciones cuyas leyes son sublimes, nacidas en el celeste firmamento, de las que Olimpo[44] *es el único padre y ninguna naturaleza*

---

[44] No se refiere al monte, sino a la morada luminosa de los

mortal de los hombres engendró ni nunca el olvido las hará reposar! Poderosa es la divinidad que en ellas hay y no envejece.

Antístrofa 1.ª

La insolencia produce al tirano. La insolencia, si se harta en vano de muchas cosas que no son oportunas ni convenientes subiéndose a lo más alto, se precipita hacia un abismo de fatalidad donde no dispone de pie firme. Pido que la divinidad nunca haga cesar la emulación que es favorable para la ciudad. Al dios no cesaré de tener como protector.

Estrofa 2.ª

Si alguien se comporta orgullosamente en acciones o de palabra, sin sentir temor de la Justicia ni respeto ante las moradas de los dioses, ¡ojalá le alcance un funesto destino por causa de su infortunada arrogancia! Y si no saca con justicia provecho y no se aleja de los actos impíos, o toca cosas que son intocables en una insensata acción, ¿qué hombre, en tales circunstancias, se jactará aún de rechazar de su alma las flechas de los dioses? Si las acciones de este tipo son dignas de horrores, ¿por qué debo yo participar en los coros[45]*?*

Antístrofa 2.ª

Ya no iré honrando a la divinidad al sagrado centro de la tierra, ni al templo de Abas[46]*, ni a Olimpia, si estos oráculos no se cumplen como para que sean señalados por todos los hombres. Pero, ¡oh Zeus poderoso!,*

---

dioses, al cielo mismo. Con esta acepción, lo encontramos ya en *Odisea* VI 42.

[45] Coros celebrados para festejar el culto a Dioniso, a Apolo y a otros dioses. Los griegos daban a esta frase un significado más amplio: «¿por qué mantener los ritos solemnes?».

[46] Ciudad focense, donde había un santuario dedicado al dios Apolo consultado por Creso. (Heródoto, I 46, 8.)

si con razón eres así llamado, que riges todo, no te pase esto inadvertido ni tampoco a tu poder siempre inmortal. Se diluyen los antiguos oráculos acerca de Layo, extinguiéndose, y Apolo no se manifiesta, en modo alguno, con honores, y los asuntos divinos se pierden.

(Yocasta sale de palacio acompañada de servidoras.)

YOCASTA. — Señores de la región, se me ha ocurrido la idea de acercarme a los templos de los dioses con estas coronas y ofrendas de incienso en las manos. Porque Edipo tiene demasiado en vilo su corazón con aflicciones de todo tipo y no conjetura, cual un hombre razonable, lo nuevo por lo de antaño[47], sino que está pendiente del que habla si anuncia motivos de temor. Y ya que no consigo nada con mis consejos, me llego ante ti, oh Apolo Liceo —pues eres el más cercano—, cual suplicante, con estos signos de rogativas[48] para que nos proporciones alguna liberación purificadora, puesto que ahora todos sentimos ansiedad, al ver asustado a aquel que es como el piloto de la nave.

(Entra en escena un mensajero.)

MENSAJERO. — ¿Podríais informarme, oh extranjeros, dónde se halla el palacio del rey Edipo?

CORIFEO. — Ésta es su morada y él mismo está dentro, extranjero. Esta mujer es la madre[49] de sus hijos.

MENSAJERO. — ¡Que llegues a ser siempre feliz, ro-

---

[47] Una vez más, el problema latente en la Atenas de Sófocles con respecto a las creencias religiosas en materia de adivinación. Es el momento de la nueva sofística, al influjo de la cual no puede sustraerse el poeta. «Tantear lo nuevo» sería hacer conjeturas valiéndose de la razón.

[48] Las coronas y el incienso.

[49] La pérdida de los recursos orales es sensible en esta frase. Suponemos que el actor haría una pausa, coincidente con la pausa métrica, tras la palabra «madre», acentuando así la trágica ironía.

deada de gente dichosa, tú que eres esposa legítima de aquél!

YOCASTA. — De igual modo lo seas tú, oh extranjero, pues lo mereces por tus favorables palabras. Pero dime con qué intención has llegado y qué quieres anunciar.

MENSAJERO. — Buenas nuevas para tu casa y para tu esposo, mujer.

YOCASTA. — ¿Cuáles son? ¿De parte de quién vienes?

MENSAJERO. — De Corinto. Ojalá te complazca —¿cómo no?— la noticia que te daré a continuación, aunque tal vez te duelas.

YOCASTA. — ¿Qué es? ¿Cómo puede tener ese doble efecto?

MENSAJERO. — Los habitantes de la región del Istmo le van a designar rey, según se ha dicho allí.

YOCASTA. — ¿Por qué? ¿No está ya el anciano Pólibo en el poder?

MENSAJERO. — No, ya que la muerte lo tiene en su tumba.

YOCASTA. — ¿Cómo dices? ¿Ha muerto el padre de Edipo?

MENSAJERO. — Que sea merecedor de muerte, si no digo la verdad.

YOCASTA. — Sirvienta, ¿no irás rápidamente a decirle esto al amo? ¡Oh oráculos de los dioses! ¿Dónde estáis? Edipo huyó hace tiempo por el temor de matar a este hombre y, ahora, él ha muerto por el azar y no a manos de aquél.

(Sale Edipo de palacio.)

EDIPO. — ¡Oh Yocasta, muy querida mujer! ¿Por qué me has mandado venir aquí desde palacio?

YOCASTA. — Escucha a este hombre y observa, al oírle, en qué han quedado los respetables oráculos del dios.

EDIPO. —¿Quién es éste y qué me tiene que comunicar?

YOCASTA. — Viene de Corinto para anunciar que tu padre, Pólibo, no está ya vivo, sino que ha muerto.

EDIPO. —¿Qué dices, extranjero? Anúnciamelo tú mismo.

MENSAJERO. — Si es preciso que yo te lo anuncie claramente en primer lugar, entérate bien de que aquél ha muerto.

EDIPO. — ¿Acaso por una emboscada, o como resultado de una enfermedad?

MENSAJERO. — Un pequeño quebranto rinde los cuerpos ancianos.

EDIPO. — A causa de enfermedad murió el desdichado, a lo que parece.

MENSAJERO. — Y por haber vivido largos años.

EDIPO. — ¡Ah, ah! ¿Por qué, oh mujer, habría uno de tener en cuenta el altar vaticinador de Pitón o los pájaros que claman en el cielo, según cuyos indicios tenía yo que dar muerte a mi propio padre? Pero él, habiendo muerto, está oculto bajo tierra y yo estoy aquí, sin haberle tocado con arma alguna, a no ser que se haya consumido por nostalgia de mí. De esta manera habría muerto por mi intervención. En cualquier caso, Pólibo yace en el Hades y se ha llevado consigo los oráculos presentes, que no tienen ya ningún valor.

YOCASTA. — ¿No te lo decía yo desde antes?

EDIPO. — Lo decías, pero yo me dejaba guiar por el miedo.

YOCASTA. — Ahora no tomes en consideración ya ninguno de ellos.

EDIPO. — ¿Y cómo no voy a temer al lecho de mi madre?

YOCASTA. — Y ¿qué podría temer un hombre para quien los imperativos de la fortuna son los que le pue-

den dominar, y no existe previsión clara de nada? Lo más seguro es vivir al azar, según cada uno pueda. Tú no sientas temor ante el matrimonio con tu madre, pues muchos son los mortales que antes se unieron también a su madre en sueños[50]. Aquel para quien esto nada supone más fácilmente lleva su vida.

EDIPO. — Con razón hubieras dicho todo eso, si no estuviera viva mi madre. Pero como lo está, no tengo más remedio que temer, aunque tengas razón.

YOCASTA. — Gran ayuda suponen los funerales de tu padre.

EDIPO. — Grande, lo reconozco. Pero siento temor por la que vive.

MENSAJERO. — ¿Cuál es la mujer por la que teméis?

EDIPO. — Por Mérope, anciano, con la que vivía Pólibo.

MENSAJERO. — ¿Qué hay en ella que os induzca al temor?

EDIPO. — Un oráculo terrible de origen divino, extranjero.

MENSAJERO. — ¿Lo puedes aclarar, o no es lícito que otro lo sepa?

EDIPO. — Sí, por cierto. Loxias afirmó, hace tiempo, que yo había de unirme con mi propia madre y coger en mis manos la sangre de mi padre. Por este motivo habito desde hace años muy lejos de Corinto, feliz, pero, sin embargo, es muy grato ver el semblante de los padres.

MENSAJERO. — ¿Acaso por temor a estas cosas estabas desterrado de allí?

EDIPO. — Por el deseo de no ser asesino de mi padre, anciano.

---

[50] Pasaje de suma importancia para Freud, punto de partida en sus investigaciones sobre el tema. Cf. PLATÓN, *República* IX 571c.

MENSAJERO. — ¿Por qué, pues, no te he liberado yo de este recelo, señor, ya que bien dispuesto llegué?

EDIPO. — En ese caso recibirías de mí digno agradecimiento.

MENSAJERO. — Por esto he venido sobre todo, para que en algo obtenga un beneficio cuando tú regreses a palacio.

EDIPO. — Pero jamás iré con los que me engendraron.

MENSAJERO. — ¡Oh hijo, es bien evidente que no sabes lo que haces...

EDIPO. — ¿Cómo, oh anciano? Acláramelo, por los dioses.

MENSAJERO. — ... si por esta causa rehúyes volver a casa!

EDIPO. — Temeroso de que Febo me resulte veraz.

MENSAJERO. — ¿Es que temes cometer una infamia para con tus progenitores?

EDIPO. — Eso mismo, anciano. Ello me asusta constantemente.

MENSAJERO. — ¿No sabes que, con razón, nada debes temer?

EDIPO. — ¿Cómo no, si soy hijo de esos padres?

MENSAJERO. — Porque Pólibo nada tenía que ver con tu linaje.

EDIPO. — ¿Cómo dices? ¿Que no me engendró Pólibo?

MENSAJERO. — No más que el hombre aquí presente, sino igual.

EDIPO. — Y ¿cómo el que me engendró está en relación contigo que no me eres nada?

MENSAJERO. — No te engendramos ni aquél ni yo.

EDIPO. — Entonces, ¿en virtud de qué me llamaba hijo?

MENSAJERO. — Por haberte recibido como un regalo —entérate— de mis manos.

EDIPO. — Y ¿a pesar de haberme recibido así de otras manos, logró amarme tanto?

MENSAJERO. — La falta hasta entonces de hijos le persuadió del todo.

EDIPO. — Y tú, ¿me habías comprado o encontrado cuando me entregaste a él?

MENSAJERO. — Te encontré en los desfiladeros selvosos del Citerón.

EDIPO. — ¿Por qué recorrías esos lugares?

MENSAJERO. — Allí estaba al cuidado de pequeños rebaños montaraces.

EDIPO. — ¿Eras pastor y nómada a sueldo?

MENSAJERO. — Y así fui tu salvador en aquel momento.

EDIPO. — ¿Y de qué mal estaba aquejado cuando me tomaste en tus manos?

MENSAJERO. — Las articulaciones de tus pies te lo pueden testimoniar.

EDIPO. — ¡Ay de mí! ¿A qué antigua desgracia te refieres con esto?

MENSAJERO. — Yo te desaté, pues tenías perforados los tobillos.

EDIPO. — ¡Bello ultraje recibí de mis pañales!

MENSAJERO. — Hasta el punto de recibir el nombre que llevas por este suceso.

EDIPO. — ¡Oh, por los dioses! ¿De parte de mi madre o de mi padre la recibí? Dímelo.

MENSAJERO. — No lo sé. El que te entregó a mí conoce esto mejor que yo.

EDIPO. — Entonces, ¿me recibiste de otro y no me encontraste por ti mismo?

MENSAJERO. — No, sino que otro pastor me hizo entrega de ti.

EDIPO. — ¿Quién es? ¿Sabes darme su nombre?

MENSAJERO. — Por lo visto era conocido como uno de los servidores de Layo.

EDIPO. — ¿Del rey que hubo, en otro tiempo, en esta tierra?

MENSAJERO. — Sí, de ese hombre era él pastor.

EDIPO. — ¿Está aún vivo ese tal como para poder verme?

MENSAJERO. — *(Dirigiéndose al Coro.)* Vosotros, los habitantes de aquí, podríais saberlo mejor.

EDIPO. — ¿Hay entre vosotros, los que me rodeáis, alguno que conozca al pastor a que se refiere, por haberle visto, bien en los campos, bien aquí? Indicádmelo, pues es el momento de descubrirlo de una vez por todas.

CORIFEO. — Creo que a ningún otro se refiere, sino al que tratabas de ver antes haciéndole venir desde el campo. Pero aquí está Yocasta que podría decirlo mejor.

EDIPO. — Mujer, ¿conoces a aquel que hace poco deseábamos que se presentara? ¿Es a él a quien éste se refiere?

YOCASTA. — ¿Y qué nos va lo que dijo acerca de un cualquiera? No hagas ningún caso, no quieras recordar inútilmente lo que ha dicho.

EDIPO. — Sería imposible que con tales indicios no descubriera yo mi origen.

YOCASTA. — ¡No, por los dioses! Si en algo te preocupa tu propia vida, no lo investigues. Es bastante que yo esté angustiada.

EDIPO. — Tranquilízate, pues aunque yo resulte esclavo, hijo de madre esclava por tres generaciones, tú no aparecerás innoble.

YOCASTA. — No obstante, obedéceme, te lo suplico. No lo hagas.

EDIPO. — No podría obedecerte en dejar de averiguarlo con claridad.

YOCASTA. — Sabiendo bien que es lo mejor para ti, hablo.

EDIPO. — Pues bien, lo mejor para mí me está importunando desde hace rato.

YOCASTA. — ¡Oh desventurado! ¡Que nunca llegues a saber quién eres!

EDIPO. — ¿Alguien me traerá aquí al pastor? Dejad a ésta que se complazca en su poderoso linaje.

YOCASTA. — ¡Ah, ah, desdichado, pues sólo eso te puedo llamar y ninguna otra cosa ya nunca en adelante!

(Yocasta, visiblemente alterada, entra al palacio.)

CORIFEO. — ¿Por qué se ha ido tu esposa, Edipo, tan precipitadamente bajo el peso de una profunda aflicción? Tengo miedo de que de este silencio[51] estallen desgracias.

EDIPO. — Que estalle lo que quiera ella. Yo sigo queriendo conocer mi origen, aunque sea humilde. Esa, tal vez, se avergüence de mi linaje oscuro, pues tiene orgullosos pensamientos como mujer que es. Pero yo, que me tengo a mí mismo por hijo de la Fortuna, la que da con generosidad, no seré deshonrado, pues de una madre tal he nacido. Y los meses, mis hermanos, me hicieron insignificante y poderoso. Y si tengo este origen, no podría volverme luego otro, como para no llegar a conocer mi estirpe.

CORO.

Estrofa.

Si yo soy adivino y conocedor de entendimiento, ¡por

---

[51] Compárese esta salida con la de Deyanira (*Traquinias* 814) y la de Eurídice (*Antígona* 1245). En todas, el Coro subraya el funesto presagio que supone el silencio. (Cf. nota 74 de *Antígona*.)

el Olimpo!, no quedarás, ¡oh Citerón!, sin saber que desde el plenilunio de mañana yo te ensalzaré como región de Edipo, al tiempo que nodriza y madre, y serás celebrado con coros por nosotros como quien se hace protector de mis reyes. ¡Oh Febo, que esto te sirva de satisfacción!

Antístrofa.

¿Cuál a ti, hijo, cuál de las ninfas inmortales te engendró, acercándose al padre Pan que vaga por los montes? ¿O fue una amante de Loxias, pues a él le son queridas todas las agrestes planicies? O el soberano de Cilene[52]*, o el dios báquico que habita en lo más alto de los montes te recibió como un hallazgo de alguna de las ninfas del Helicón con las que juguetea la mayor parte del tiempo.*

(Entra el anciano pastor acompañado de dos esclavos.)

EDIPO. — Si he de hacer yo conjeturas, ancianos, creo estar viendo al pastor que desde hace rato buscamos, aunque nunca he tenido relación con él. Pues en su acusada edad coincide por completo con este hombre y, además, reconozco a los que lo conducen como servidores míos. Pero tú, tal vez, podrías superarme en conocimientos por haber visto antes al pastor.

CORIFEO. — Lo conozco, ten la certeza. Era un pastor de Layo, fiel cual ninguno.

EDIPO. — A ti te pregunto en primer lugar, al extranjero corintio: ¿es de ése de quien hablabas?

MENSAJERO. — De éste que contemplas.

EDIPO. — Eh, tú, anciano, acércate y, mirándome, contesta a cuanto te pregunte. ¿Perteneciste, en otro tiempo, al servicio de Layo?

---

[52] Hermes, del que se cree que nació en el monte Cilene.

SERVIDOR. — Sí, como esclavo no comprado, sino criado en la casa.

EDIPO. — ¿En qué clase de trabajo te ocupabas o en qué tipo de vida?

SERVIDOR. — La mayor parte de mi vida conduje rebaños.

EDIPO. — ¿En qué lugares habitabas sobre todo?

SERVIDOR. — Unas veces, en el Citerón; otras, en lugares colindantes.

EDIPO. — ¿Eres consciente de haber conocido allí a este hombre en alguna parte?

SERVIDOR. — ¿En qué se ocupaba? ¿A qué hombre te refieres?

EDIPO. — Al que está aquí presente. ¿Tuviste relación con él alguna vez?

SERVIDOR. — No como para poder responder rápidamente de memoria.

MENSAJERO. — No es nada extraño, señor. Pero yo refrescaré claramente la memoria del que no me reconoce. Estoy bien seguro de que se acuerda cuando, en el monte Citerón, él con doble rebaño y yo con uno, convivimos durante tres períodos enteros de seis meses, desde la primavera hasta Arturo [53]. Ya en el invierno yo llevaba mis rebaños a los establos, y él, a los apriscos de Layo. ¿Cuento lo que ha sucedido o no?

SERVIDOR. — Dices la verdad, pero ha pasado un largo tiempo.

MENSAJERO. — ¡Ea! Dime, ahora, ¿recuerdas que entonces me diste un niño para que yo lo criara como un retoño mío?

SERVIDOR. — ¿Qué ocurre? ¿Por qué te informas de esta cuestión?

MENSAJERO. — Éste es, querido amigo, el que entonces era un niño.

---

53 Hasta mediados de septiembre.

SERVIDOR. — ¡Así te pierdas! ¿No callarás?

EDIPO. — ¡Ah! No le reprendas, anciano, ya que son tus palabras, más que las de éste, las que requieren un reprensor.

SERVIDOR. — ¿En qué he fallado, oh el mejor de los amos?

EDIPO. — No hablando del niño por el que éste pide información.

SERVIDOR. — Habla, y no sabe nada, sino que se esfuerza en vano.

EDIPO. — Tú no hablarás por tu gusto, y tendrás que hacerlo llorando.

SERVIDOR. — ¡Por los dioses, no maltrates a un anciano como yo!

EDIPO. — ¿No le atará alguien las manos a la espalda cuanto antes?

SERVIDOR. — ¡Desdichado! ¿Por qué? ¿De qué más deseas enterarte?

EDIPO. — ¿Le entregaste al niño por el que pregunta?

SERVIDOR. — Lo hice y ¡ojalá hubiera muerto ese día!

EDIPO. — Pero a esto llegarás, si no dices lo que corresponde.

SERVIDOR. — Me pierdo mucho más aún si hablo.

EDIPO. — Este hombre, según parece, se dispone a dar rodeos.

SERVIDOR. — No, yo no, pues ya he dicho que se lo entregué.

EDIPO. — ¿De dónde lo habías tomado? ¿Era de tu familia o de algún otro?

SERVIDOR. — Mío no. Lo recibí de uno.

EDIPO. — ¿De cuál de estos ciudadanos y de qué casa?

SERVIDOR. — ¡No, por los dioses, no me preguntes más, mi señor!

EDIPO. — Estás muerto, si te lo tengo que preguntar de nuevo.

SERVIDOR. — Pues bien, era uno de los vástagos de la casa de Layo.

EDIPO. — ¿Un esclavo, o uno que pertenecía a su linaje?

SERVIDOR. — ¡Ay de mí! Estoy ante lo verdaderamente terrible de decir.

EDIPO. — Y yo de escuchar, pero, sin embargo, hay que oírlo.

SERVIDOR. — Era tenido por hijo de aquél. Pero la que está dentro, tu mujer, es la que mejor podría decir cómo fue.

EDIPO. — ¿Ella te lo entregó?

SERVIDOR. — Sí, en efecto, señor.

EDIPO. — ¿Con qué fin?

SERVIDOR. — Para que lo matara.

EDIPO. — ¿Habiéndolo engendrado ella, desdichada?

SERVIDOR. — Por temor a funestos oráculos.

EDIPO. — ¿A cuáles?

SERVIDOR. — Se decía que él mataría a sus padres.

EDIPO. — Y ¿cómo, en ese caso, tú lo entregaste a este anciano?

SERVIDOR. — Por compasión, oh señor, pensando que se lo llevaría a otra tierra de donde él era. Y éste lo salvó para los peores males. Pues si eres tú, en verdad, quien él asegura, sábete que has nacido con funesto destino.

EDIPO. — ¡Ay, ay! Todo se cumple con certeza. ¡Oh luz del día, que te vea ahora por última vez! ¡Yo que he resultado nacido de los que no debía, teniendo relaciones con los que no podía y habiendo dado muerte a quienes no tenía que hacerlo!

(Entra en palacio.)

CORO.

Estrofa 1.ª

¡Ah, descendencia de mortales! ¡Cómo considero que vivís una vida igual a nada![54]*. Pues, ¿qué hombre, qué hombre logra más felicidad que la que necesita para parecerlo y, una vez que ha dado esa impresión, para declinar? Teniendo este destino tuyo, el tuyo como ejemplo, ¡oh infortunado Edipo!, nada de los mortales tengo por dichoso.*

Antístrofa 2.ª

Tú, que, tras disparar el arco[55] *con incomparable destreza, conseguiste una dicha por completo afortunada, ¡oh Zeus!, después de hacer perecer a la doncella de corvas garras cantora de enigmas, y te alzaste como un baluarte contra la muerte en mi tierra. Y, por ello, fuiste aclamado como mi rey y honrado con los mayores honores, mientras reinabas en la próspera Tebas.*

Estrofa 2.ª

Y ahora, ¿de quién se puede oír decir que es más desgraciado? ¿Quién es el que vive entre violentas penas, quién entre padecimientos con su vida cambiada? ¡Ah noble Edipo, a quien le bastó el mismo espacioso puerto para arrojarse como hijo, padre y esposo! ¿Cómo, cómo pudieron los surcos paternos[56] *tolerarte en silencio, infortunado, durante tanto tiempo?*

---

54 Este coro desarrolla el tema de lo vano de la vida humana, tema tópico que encontramos a lo largo de toda la literatura griega.

55 Es decir, tras acertar las respuestas de la Esfinge.

56 Imagen que nos parece más desgarrada de lo que parecía a los griegos y muy repetida. En esta misma tragedia, la encontramos en los vv. 1257, 1485, 1497, y en *Antígona*, en el v. 569. En ESQUILO, en *Siete contra Tebas* 753.

Antístrofa 2.ª

Te sorprendió, a despecho tuyo, el tiempo que todo lo ve y condena una antigua boda que no es boda en donde se engendra y resulta engendrado. ¡Ah, hijo de Layo, ojalá, ojalá nunca te hubiera visto! Yo gimo derramando lúgubres lamentos de mi boca; pero, a decir verdad, yo tomé aliento gracias a ti[57] *y pude adormecer mis ojos.*

(Sale un mensajero del palacio.)

Mensajero. — ¡Oh vosotros, honrados siempre, en grado sumo, en esta tierra! ¡Qué sucesos vais a escuchar, qué cosas contemplaréis y en cuánto aumentaréis vuestra aflicción, si es que aún, con fidelidad, os preocupáis de la casa de los Labdácidas! Creo que ni el Istro ni el Fasis[58] podrían lavar, para su purificación, cuanto oculta este techo y los infortunios que, enseguida, se mostrarán a la luz, queridos y no involuntarios. Y, de las amarguras, son especialmente penosas las que se demuestran buscadas voluntariamente.

Corifeo. — Los hechos que conocíamos son ya muy lamentables. Además de aquéllos, ¿qué anuncias?

Mensajero. — Las palabras más rápidas de decir y de entender: ha muerto la divina Yocasta.

Corifeo. — ¡Oh desventurada! ¿Por qué causa?

Mensajero. — Ella, por sí misma. De lo ocurrido falta lo más doloroso, al no ser posible su contemplación. Pero, sin embargo, en tanto yo pueda recordarlo te enterarás de los padecimientos de aquella infortunada. Cuando, dejándose llevar por la pasión atravesó el vestíbulo, se lanzó derechamente hacia la cámara nup-

---

57 El Coro, tal vez, alude al respiro que ha supuesto para el pueblo de Tebas el período entre la destrucción de la Esfinge y el presente.

58 Son los ríos Danubio y Rión, que desembocan en el mar Negro. Están ya citados por Hesíodo (*Teogonía* 339).

cial mesándose los cabellos con ambas manos. Una vez que entró, echando por dentro los cerrojos de las puertas, llama a Layo, muerto ya desde hace tiempo, y le recuerda su antigua simiente, por cuyas manos él mismo iba a morir y a dejar a su madre como funesto medio de procreación para sus hijos. Deploraba el lecho donde, desdichada, había engendrado una doble descendencia: un esposo de un esposo y unos hijos de hijos.

Y, después de esto, ya no sé cómo murió; pues Edipo, dando gritos, se precipitó y, por él, no nos fue posible contemplar hasta el final el infortunio de aquélla; más bien dirigíamos la mirada hacia él mientras daba vueltas.

En efecto, iba y venía hasta nosotros pidiéndonos que le proporcionásemos una espada y que dónde se encontraba la esposa que no era esposa, seno materno en dos ocasiones, para él y para sus hijos.

Algún dios se lo mostró, a él que estaba fuera de sí, pues no fue ninguno de los hombres que estábamos cerca. Y gritando de horrible modo, como si alguien le guiara, se lanzó contra las puertas dobles y, combándolas, abate desde los puntos de apoyo los cerrojos y se precipita en la habitación en la que contemplamos a la mujer colgada, suspendida del cuello por retorcidos lazos. Cuando él la ve, el infeliz, lanzando un espantoso alarido, afloja el nudo corredizo que la sostenía. Una vez que estuvo tendida, la infortunada, en tierra, fue terrible de ver lo que siguió: arrancó los dorados broches de su vestido con los que se adornaba y, alzándolos, se golpeó con ellos las cuencas de los ojos, al tiempo que decía cosas como éstas: que no le verían a él, ni los males que había padecido, ni los horrores que había cometido, sino que estarían en la oscuridad el resto del tiempo para no ver a los que no debía y no conocer a los que deseaba.

Haciendo tales imprecaciones una y otra vez —que no una sola—, se iba golpeando los ojos con los broches. Las pupilas ensangrentadas teñían las mejillas y no destilaban gotas chorreantes de sangre, sino que todo se mojaba con una negra lluvia y granizada de sangre. Esto estalló por culpa de los dos, no de uno sólo, pero las desgracias están mezcladas para el hombre y la mujer. Su legendaria felicidad anterior era entonces una felicidad en el verdadero sentido; pero ahora, en el momento presente, es llanto, infortunio, muerte, ignominia y, de todos los pesares que tienen nombre, ninguno falta.

CORIFEO. — ¿Y ahora se encuentra el desdichado en alguna tregua de su mal?

MENSAJERO. — Está gritando que se descorran los cerrojos y que muestren a todos los Cadmeos al homicida, al que de su madre..., profiriendo expresiones impías, impronunciables para mí, como si se fuera a desterrar él mismo de esta tierra y a no permanecer más en el palacio, estando como está sujeto a la maldición que lanzó. Lo cierto es que requiere un soporte y un guía, pues la desgracia es mayor de lo que se puede tolerar. Te lo mostrará también a ti, pues se abren los cerrojos de las puertas. Pronto podrás ver un espectáculo tal, como para mover a compasión, incluso, al que le odiara.

(Se abren las puertas del palacio y aparece Edipo con la cara ensangrentada, andando a tientas.)

CORO.

¡Oh sufrimiento terrible de contemplar para los hombres! ¡Oh el más espantoso de todos cuantos yo me he encontrado![59]. *¿Qué locura te ha acometido, oh infeliz? ¿Qué deidad es la que ha saltado, con salto mayor que*

59 El escoliasta señala que el Coro volvía la cabeza a la vista de Edipo.

los más largos, sobre su desgraciado destino?[60]. *¡Ay, ay, desdichado! Pero ni contemplarte puedo, a pesar de que quisiera hacerte muchas preguntas, enterarme de muchas cosas y observarte mucho tiempo. ¡Tal horror me inspiras!*

EDIPO. — *¡Ah, ah, desgraciado de mí! ¿A qué tierra seré arrastrado, infeliz? ¿Adónde se me irá volando, en un arrebato, mi voz? ¡Ay, destino! ¡Adónde te has marchado?*

CORIFEO. — A un desastre terrible que ni puede escucharse ni contemplarse.

Estrofa 1.ª

EDIPO. — *¡Oh nube de mi oscuridad, que me aíslas, sobrevenida de indecible manera, inflexible e irremediable! ¡Ay, ay de mí de nuevo! ¡Cómo me penetran, al mismo tiempo, los pinchazos de estos aguijones y el recuerdo de mis males!*

CORIFEO. — No tiene nada de extraño que en estos sufrimientos te lamentes y soportes males dobles[61].

Antrístrofa 1.ª

EDIPO. — *¡Oh amigo!, tú eres aún mi fiel servidor, pues todavía te encargas de cuidarme en mi ceguera. ¡Uy, uy!, no me pasas inadvertido, sino que, aunque estoy en tinieblas, reconozco, sin embargo, tu voz.*

CORIFEO. — ¡Ah, tú que has cometido acciones horribles! ¿Cómo te atreviste a extinguir así tu vista?, ¿qué dios te impulsó?

---

60 Otra idea repetida en la tragedia: que la divinidad manda sufrimientos mayores que lo que se cree puede soportar el hombre.

61 Los dolores físicos, de un lado, y los que soporta interiormente.

Estrofa 2.ª

EDIPO. — *Apolo era, Apolo, amigos, quien cumplió en mí estos tremendos, sí, tremendos, infortunios míos. Pero nadie los hirió con su mano sino yo, desventurado. Pues ¿qué me quedaba por ver a mí, a quien, aunque viera, nada me sería agradable de contemplar?*

CORO. — *Eso es exactamente como dices.*

EDIPO. — *¿Qué es, pues, para mí digno de ver o de amar, o qué saludo es posible ya oír con agrado, amigos? Sacadme fuera del país cuanto antes, sacad, oh amigos, al que es funesto en gran medida, al maldito sobre todas las cosas, al más odiado de los mortales incluso para los dioses.*

CORIFEO. — ¡Desdichado por tu clarividencia, así como por tus sufrimientos! ¡Cómo hubiera deseado no haberte conocido nunca!

Antístrofa 2.ª

EDIPO. — *¡Así perezca aquel, sea el que sea, que me tomó en los pastos, desatando los crueles grilletes de mis pies, me liberó de la muerte y me salvó, porque no hizo nada de agradecer! Si hubiera muerto entonces, no habría dado lugar a semejante penalidad para mí y los míos.*

CORO. — *Incluso para mí hubiera sido mejor.*

EDIPO. — *No hubiera llegado a ser asesino de mi padre, ni me habrían llamado los mortales esposo de la que nací. Ahora, en cambio, estoy desasistido de los dioses, soy hijo de impuros, tengo hijos comunes con aquella de la que yo mismo —¡desdichado!— nací. Y si hay un mal aún mayor que el mal, ése le alcanzó a Edipo.*

CORIFEO. — No veo el modo de decir que hayas tomado una buena decisión. Sería preferible que ya no existieras a vivir ciego.

EDIPO. — No intentes decirme que esto no está así hecho de la mejor manera, ni me hagas ya recomendacio-

nes. No sé con qué ojos, si tuviera vista, hubiera podido mirar a mi padre al llegar al Hades, ni tampoco a mi desventurada madre, porque para con ambos he cometido acciones que merecen algo peor que la horca. Pero, además, ¿acaso hubiera sido deseable para mí contemplar el espectáculo que me ofrecen mis hijos, nacidos como nacieron? No por cierto, al menos con mis ojos.

Ni la ciudad, ni el recinto amurallado, ni las sagradas imágenes de los dioses, de las que yo, desdichado —que fui quien vivió con más gloria en Tebas—, me privé a mí mismo cuando, en persona, proclamé que todos rechazaran al impío, al que por obra de los dioses resultó impuro y del linaje de Layo. Habiéndose mostrado que yo era semejante mancilla, ¿iba yo a mirar a éstos con ojos francos? De ningún modo. Por el contrario, si hubiera un medio de cerrar la fuente de audición de mis oídos, no hubiera vacilado en obstruir mi infortunado cuerpo para estar ciego y sordo. Que el pensamiento quede apartado de las desgracias es grato.

¡Ah, Citerón! ¿Por qué me acogiste? ¿Por qué no me diste muerte tan pronto como me recibiste, para que nunca hubiera mostrado a los hombres de dónde había nacido? ¡Oh Pólibo y Corinto y antigua casa paterna —sólo de nombre—, cómo me criasteis con apariencia de belleza, pero corrompido de males por dentro! Ahora soy considerado un infame y nacido de infames.

¡Oh tres caminos y oculta cañada, encinar y desfiladero en la encrucijada, que bebisteis, por obra de mis manos, la sangre de mi padre que es la mía! ¿Os acordáis aún de mí? ¡Qué clase de acciones cometí ante vuestra presencia y, después, viniendo aquí, cuáles cometí de nuevo! ¡Oh matrimonio, matrimonio, me engendraste y, habiendo engendrado otra vez, hiciste brotar la misma simiente y diste a conocer a padres, hermanos, hijos, sangre de la misma familia, esposas, mujeres y madres

y todos los hechos más abominables que suceden entre los hombres! Pero no se puede hablar de lo que no es noble hacer. Ocultadme sin tardanza, ¡por los dioses!, en algún lugar fuera del país o matadme o arrojadme al mar[62], donde nunca más me podáis ver. Venid, dignaos tocar a este hombre desgraciado. Obedecedme, no tengáis miedo, ya que mis males ningún mortal, sino yo, puede arrostrarlos.

CORIFEO. — A propósito de lo que pides, aquí se presenta Creonte para tomar iniciativas o decisiones, ya que se ha quedado como único custodio del país en tu lugar.

EDIPO. — ¡Ay de mí! ¿Qué palabras le voy a dirigir? ¿Qué garantía justa de confianza podrá aparecer en mí? Pues de mi enfrentamiento anterior con él, en todo me descubro culpable.

(Entra Creonte.)

CREONTE. — No he venido a burlarme, Edipo, ni a echarte en cara ninguno de los ultrajes de antes. *(Dirigiéndose al Coro.)* Pero si no sentís respeto ya por la descendencia de los mortales, sentidlo, al menos, por el resplandor del soberano Helios que todo lo nutre y no mostréis así descubierta una mancilla tal, que ni la tierra ni la sagrada lluvia ni la luz acogerán. Antes bien, tan pronto como sea posible, metedle en casa; porque lo más piadoso es que las deshonras familiares sólo las vean y escuchen los que forman la familia.

EDIPO. — ¡Por los dioses!, ya que me has liberado de mi presentimiento al haber llegado con el mejor ánimo junto a mí, que soy el peor de los hombres, óyeme, pues a ti te interesa, que no a mí, lo que voy a decir.

CREONTE. — ¿Y qué necesitas obtener para suplicármelo así?

---

62 Era costumbre arrojar al mar las inmundicias y, a veces, también a los propios condenados a muerte.

EDIPO. — Arrójame enseguida de esta tierra, donde no pueda ser abordado por ninguno de los mortales.

CREONTE. — Hubiera hecho esto, sábelo bien, si no deseara, lo primero de todo, aprender del dios qué hay que hacer.

EDIPO. — Pero la respuesta de aquél quedó bien evidente: que yo perezca, el parricida, el impío.

CREONTE. — De este modo fue dicho; pero, sin embargo, en la necesidad en que nos encontramos es más conveniente saber qué debemos hacer.

EDIPO. — ¿Es que vais a pedir información sobre un hombre tan miserable?

CREONTE. — Sí, y tú ahora sí que puedes creer en la divinidad.

EDIPO. — En ti también confío y te hago una petición: dispón tú, personalmente, el enterramiento que gustes de la que está en casa[63]. Pues, con rectitud, cumplirás con los tuyos. En cuanto a mí, que esta ciudad paterna no consienta en tenerme como habitante mientras esté con vida, antes bien, dejadme morar en los montes, en ese Citerón que es llamado mío, el que mi padre y mi madre, en vida, dispusieron que fuera legítima sepultura para mí, para que muera por obra de aquellos que tenían que haberme matado.

No obstante, sé tan sólo una cosa, que ni la enfermedad ni ninguna otra causa me destruirán. Porque no me hubiera salvado entonces de morir, a no ser para esta horrible desgracia. Pero que mi destino siga su curso, vaya donde vaya. Por mis hijos varones no te preocupes, Creonte, pues hombres son, de modo que, donde fuera que estén, no tendrán nunca falta de recursos. Pero a mis pobres y desgraciadas hijas, para las que nunca fue dispuesta mi mesa aparte de mí, sino que de cuanto yo gustaba, de todo ello participaban siempre, a

63 Yocasta, cuyo nombre no osa pronunciar.

éstas cuídamelas. Y, sobre todo, permíteme tocarlas con mis manos y deplorar mis desgracias. ¡Ea, oh Señor! ¡Ea, oh noble en tu linaje! Si las tocara con las manos, me parecería tenerlas a ellas como cuando veía. ¿Qué digo? *(Hace ademán de escuchar.)* ¿No estoy oyendo llorar a mis dos queridas hijas? ¿No será que Creonte por compasión ha hecho venir lo que me es más querido, mis dos hijas? ¿Tengo razón?

(Entran Antígona e Ismene conducidas por un siervo.)

CREONTE. — La tienes. Yo soy quien lo ha ordenado, porque imaginé la satisfacción que ahora sientes, que desde hace rato te obsesionaba.

EDIPO. — ¡Ojalá seas feliz y que, por esta acción, consigas una divinidad que te proteja mejor que a mí! ¡Oh hijas! ¿Dónde estáis? Venid aquí, acercaos a estas fraternas manos mías que os han proporcionado ver de esta manera los ojos, antes luminosos, del padre que os engendró. Este padre, que se mostró como tal para vosotras sin conocer ni saber dónde había sido engendrado él mismo.

Lloro por vosotras dos —pues no puedo miraros—, cuando pienso qué amarga vida os queda y cómo será preciso que paséis vuestra vida ante los hombres. ¿A qué reuniones de ciudadanos llegaréis, a qué fiestas [64], de donde no volváis a casa bañadas en lágrimas, en lugar de gozar del festejo? Y cuando lleguéis a la edad de las bodas, ¿quién será, quién, oh hijas, el que se expondrá a aceptar semejante oprobio, que resultará una ruina para vosotras dos como, igualmente, lo fue para mis pa-

[64] El poeta anacrónicamente está pensando en las costumbres de la Atenas de su tiempo. Las *homilías* eran las ocasiones en que las mujeres de Atenas podían aparecer en público, y las *heortás* sugieren festivales como las Tesmoforias, Panateneas o las grandes Dionisíacas, en que las mujeres acudían al teatro.

dre?[65]. ¿Cuál de los crímenes está ausente? Vuestro padre mató a su padre, fecundó a la madre en la que él mismo había sido engendrado y os tuvo a vosotras de la misma de la que él había nacido. Tales reproches soportaréis. Según eso, ¿quién querrá desposaros? No habrá nadie, oh hijas, sino que seguramente será preciso que os consumáis estériles y sin bodas.

¡Oh hijo de Meneceo!, ya que sólo tú has quedado como padre para éstas —pues nosotros, que las engendramos, hemos sucumbido los dos—, no dejes que las que son de tu familia vaguen mendicantes sin esposos, no las iguales con mis desgracias. Antes bien, apiádate de ellas viéndolas a su edad así, privadas de todo excepto en lo que a ti se refiere. Prométemelo, ¡oh noble amigo!, tocándome con tu mano. Y a vosotras, ¡oh hijas!, si ya tuvierais capacidad de reflexión, os daría muchos consejos. Ahora, suplicad conmigo para que, donde os toque en suerte vivir, tengáis una vida más feliz que la del padre que os dio el ser.

CREONTE. — Basta ya de gemir. Entra en palacio.

EDIPO. — Te obedeceré, aunque no me es agradable.

CREONTE. — Todo está bien en su momento oportuno.

EDIPO. — ¿Sabes bajo qué condiciones me iré?

CREONTE. — Me lo dirás y, al oírlas, me enteraré.

EDIPO. — Que me envíes desterrado del país.

CREONTE. — Me pides un don que incumbe a la divinidad.

EDIPO. — Pero yo he llegado a ser muy odiado por los dioses.

CREONTE. — Pronto, en tal caso, lo alcanzarás.

EDIPO. — ¿Lo aseguras?

---

65 Otra interpretación es la dada por G. KENNEDY, al conjeturar *taîs emaîs gonaîsi* y evitar, así, este inusual empleo del dativo *goneûsin*. La traducción sería entonces: «que resultará funesto para ella como para sus descendientes».

CREONTE. — Lo que no pienso, no suelo decirlo en vano.

EDIPO. — Sácame ahora ya de aquí.

CREONTE. — Márchate y suelta a tus hijas.

EDIPO. — En modo alguno me las arrebates.

CREONTE. — No quieras vencer en todo, cuando, incluso aquello en lo que triunfaste, no te ha aprovechado en la vida.

(Entran todos en palacio.)

CORIFEO. — ¡Oh habitantes de mi patria, Tebas, mirad: he aquí a Edipo, el que solucionó los famosos enigmas y fue hombre poderosísimo; aquel al que los ciudadanos miraban con envidia por su destino! ¡En qué cúmulo de terribles desgracias ha venido a parar! De modo que ningún mortal puede considerar a nadie feliz con la mira puesta en el último día, hasta que llegue al término de su vida sin haber sufrido nada doloroso.

ELECTRA